

Vitalismos lúdics

Recuerdos de una vida inmanente

Santiago Díaz. Graduado en Filosofía por la UNMdP. Maestrando en Estéticas Contemporáneas Latinoamericanas por la Universidad Nacional de Avellaneda. Cursa la Especialización en *Epistemologías del Sur* de CLACSO. Docente de *Filosofía, Antropología y Sociología del cuerpo*, y *Teorías sociopolíticas y Educación* en el Nivel Superior. Es autor de *Juegos de la Subjetividad. Imágenes Lúdicas en Gilles Deleuze*, publicado por la EAE en 2012. En 2013 coeditó una compilación de artículos dedicados a la relación entre Deleuze y la música contemporánea, publicada bajo el aval de la UNMdP.

Recuerdos de un vitalista

La vida es el nombre de todo lo inabarcable que nos sucede, aquello que nos desborda con fuerza impetuosa, una errancia infinita, una tormenta, un destello, y el monstruoso camino que sólo puede ser transitado por el desafiante andar de una vida lúdica. Todo lo demás, pasa por las eminencias desgastantes del sentido,

de la identidad autorreferencial, de las apropiaciones individualistas que hacemos al separarnos de la vida como si fuéramos independientes de ella.

No hay vitalismo que no sea la expresión de una inmanencia absoluta, en su plural coexistencia con los modos diferenciales que lo provocan: sus devenires, sus mutaciones, sus singularidades, sus intensidades. El vitalismo no es un principio regulador jerárquico de *la* vida, sino el modo colectivo de enunciar la manifestación singular de *una* vida.

“De la pura inmanencia diremos que es UNA VIDA y nada más. No es inmanente a la vida, sino la inmanencia que no está en otra cosa y que es ella misma una vida. Una vida es la inmanencia de la inmanencia, la inmanencia absoluta...”¹

Para volverse vitalista no alcanza con adjudicarse una cercanía al organicismo o biologismo como tradicionalmente se ha hecho; mucho más, se necesita ampliar la percepción hasta las profundidades de lo inorgánico, para andar por las fibras íntimas de la vida. Atravesar lo visible para llegar a lo invisible, aunque los caminos allí, en lo desconocido, implican otros modos de andar, otros modos de conocer, otros ojos.

El vitalista nada tiene de individual ni de personal, porque *anda* al ritmo errante de las singularidades, es un peregrino por las resonancias de un *principio móvil inmanente*² de distribución nómada, que no necesita ninguna síntesis reduccionista, sino de una proliferación de agenciamientos, una liberación de singularidades que se abren radicalmente al potencial creador de la vida no orgánica... eso es una vida inmanente.

Lo que rige en un vitalismo inmanente es la profunda pluralidad de las intensidades, esas variaciones de grados, umbrales de resonancias y diferencias, que se mueven sutilmente *entre* las sensaciones que alcanzamos a percibir. Decimos que sentimos calor, pero la experimentación del calor dependerá de la conexión con los grados de temperatura, el ambiente, la ropa, el ánimo, la comida ingerida, el agua, la compañía... La vida singular es un agenciamiento de intensidades.

Una vida inmanente es el modo práctico experimental de andar errática y paradójicamente lo no-orgánico, lo *anorgánico*, que nos constituye como ese fondo vital, del cual todo

1 Deleuze, G.: “La inmanencia: una vida...” en *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*. Valencia: Pre-Textos, 2007, 348.

2 Deleuze, G.: *Lógica de sentido*. Barcelona: Planeta-De Agostini, 1994, 118.

se nutre³. Nuestra vida singular emerge como resonancia *en medio* de la vida, *entre* devenires que exceden toda individualidad e identificación, un movimiento de manadas.

Una vida inmanente viaja a velocidades absolutas *en medio* de una tormenta de intensidades imperceptibles. Una vida inmanente no es *en* algo, no está *en* otra cosa, ni depende de un objeto ni de un sujeto, es *una* vida y nada más: *es potencia y beatitud completa*.⁴

La inmanencia vital se expresa de manera impersonal, pero no de un modo indiferenciado u homogéneo, por el contrario, es consistente en su singularidad. Toda su existencia se efectúa en la composición de un agenciamiento específico, sin remitir a la instancia trascendente de continuidad que ofrece la figura del sujeto⁵.

Una vida inmanente expresa no tanto sucesos, momentos vividos o hechos biográficos, sino que da cuenta de los devenires implicados en la producción de dichos momentos personales. No tiene momentos, sino *entre-momentos*, no posee una memoria episódica, sino una memoria que se mueve en un *pasado puro*, en la grieta de los *entre-tiempos*⁶. Nada de historia, puros devenires.

En este vitalismo, las singularidades anónimas se convocan para gestar un andar experimental de pura impersonalidad, que incluso no necesita de ninguna individualidad para existir: tal es el caso de los bebés que poseen una alta similitud entre sí, sin remitir necesariamente a una individualidad particular, tan sólo a gestos mínimos de consistencia singular. Un gesto de individuación que hace perdurar el *continuum* vital⁷.

Los bebés poseen una especie de individuación *larvaria* -una vida inmanente-, porque emiten singularidades sin tener un sentido referencial subjetivo trascendente: sus sonrisas, sus miradas, sus muecas, son efectos inmanentes que componen la individuación impersonal de una vida singular, pura potencia de existir a través de sus alegrías, dolores, asombros y sufrimientos. Toda una vida de flujos que tiende a

3 Deleuze, G.: "Ocho años después: entrevista 80" en *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*. Valencia: Pre-Textos, 2007, 166-167.

4 Deleuze, G.: "La inmanencia: una vida...". Op. Cit., 348.

5 Deleuze, G.: *Lógica de sentido*. Op. Cit., 121.

6 Deleuze, G.: "La inmanencia: una vida...". Op. Cit., 349.

7 Cf. Simondon, G.: *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*. CABA: Cactus, 2015, 40; 189-200.

coexistir con el mundo, un traz(ad)o vital de intensidad que se expande con sus fibras en *continuums* y conjunciones de afectos.

Lo que el vitalismo reestablece es la relación inmanente con el mundo. Una afirmación de la inmanencia que teje los secretos lazos invisibles de todo lo que existe, en cierto modo, se puede decir que es una política de *creencia* en el mundo por venir⁸.

Creencia que afirma plenamente lo que todavía no sabemos que somos, porque pocos dan cuenta de sí en la errancia por ese *afuera* caudaloso que nos da vida. Perdemos el nombre en el viaje por esa materia intensiva invisible que subyace como cimiento primordial.

Tener que creer es la expresión plena del vitalismo, donde se aúna la vida y el pensamiento en esa vorágine paradójica que obliga a tener en cuenta todas las formas de vida, como una especie de apuesta por una comunidad *haciéndose* siempre. Creer no sólo en lo visible, sino en todo lo invisible que afecta, transforma, moviliza... esa es la enseñanza del vitalismo.

Un vitalista no separa la vida del pensamiento, ni el pensamiento de la vida, porque hay en ellos una simbiosis de exquisita creación que los pliega en una curva infinita. Cada paso en la vida desprende un gesto en el pensamiento, cada pensamiento fuerza un paso en el camino. Cada modo de vivir inspira una manera de pensar, cada modo de pensar crea maneras de vivir: La vida *activa* el pensamiento y el pensamiento a su vez *afirma* la vida⁹

“Un pensamiento que fuese hasta el final de lo que puede la vida, un pensamiento que llevase a la vida hasta el final de lo que puede. En lugar de un conocimiento que se opone a la vida, establecer un pensamiento que *afirmaría* la vida. La vida sería la fuerza activa del pensamiento, pero el pensamiento el poder afirmativo de la vida. Ambos irían en el mismo sentido, arrastrándose uno a otro y barriendo los límites, paso a paso, en el esfuerzo de una creación inaudita. Pensar significaría: *descubrir, inventar nuevas posibilidades de vida.*”¹⁰

El vitalista experimenta la singularidad de su vida cuando siente el movimiento excesivo de las intensidades que desborda los límites que fija el pensamiento, pero también sabe

⁸ Deleuze, G.: *La imagen-tiempo. Estudios sobre cine 2*. Bs. As.: Paidós, 2009, 231.

⁹ Deleuze, G.: *Nietzsche*. Madrid: Arena Libros, 2000, 24.

¹⁰ Deleuze, G.: *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama, 2008, 142-143.

que al pensar atraviesa las fronteras que su modo de vida le determina. Hay una potencia activa que hace del pensamiento el destello de la vida, y una afirmación aterradora que hace de la vida la tempestad del pensamiento.

El único diagnóstico útil que tiene un vitalista de dicha experiencia entre el pensamiento y la vida, muy lejos está de las categorizaciones y clasificaciones, porque se trata de evaluar todo lo que nos pasa según la vida que va en ello. Por eso no sirve el juicio, es necesario emplear el afecto como evaluación inmanente: amamos, detestamos, pero no juzgamos¹¹.

El vitalista toma del afecto su potencia errante, el síntoma de que algo ha cambiado. Un afecto es el grado variable de intensidad que expresa la singularidad de la vida inmanente. Es el ritmo fluctuante de la transformación, el movimiento propio del devenir¹².

El afecto nada tiene de humano sentimiento, es el *devenir no humano* del hombre¹³. Por eso el vitalista hace cuerpo con la inmanencia vital y vibra a partir de esa fuerza desbordante del afecto en una zona específica de intensidad¹⁴. Compose un *cuerpo sin órganos*, un límite intensivo, una línea de fuga.

El vitalismo se define tanto por una ética de las afecciones, como por una política de liberación de la vida. La pregunta fundamental de la ética vitalista es: ¿de qué afectos somos capaces? El desafío político invita a preguntarse por las posibilidades de liberar la vida de todo aquello que la aprisiona. ¿No será acaso el hombre aquello que más limita la vida?¹⁵

Lo humano no ha dejado de imponerse a la vida con sus regulaciones más insólitas, desde los nombres y las identidades hasta los seguros-de-vida, derechos-de-propiedad e instituciones. El humanismo, todo lo humano como tal, es la prisión de la vida. Porque planta el árbol de la trascendencia en medio de la Tierra inmanente; porque de cada nuevo brote pretende un árbol con frutos; y de todo niño, intenta un adulto.

11 Cf. Deleuze, G.: *La imagen-tiempo*. Op. Cit., 190-191.

12 Deleuze, G. & Parnet, C.: *Diálogos*. Valencia: Pre-Textos, 1997, 70

13 Deleuze, G. & Guattari, F.: *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama, 2009, 170

14 Deleuze, G. & Guattari, F.: *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 1997, 276

15 Cf. Deleuze, G.: *Conversaciones 1972-1990*. Valencia: Pre-Textos, 1999, 147.

El vitalista es el guerrero silencioso de la inmanencia, combate todas las formas trascendentes de dominación de la vida. Su sentido esencial es liberar la vida de todo lo que la aprisiona¹⁶, es quien batalla por hacer fugar toda la potencia germinal de una vida no orgánica en los gestos mínimos de todos los días. Batallas errantes en medio de la intemperie.

“Crear no es comunicar sino resistir... el vitalismo. Es la potencia de una vida no orgánica, la que puede tener lugar en la línea de un dibujo, en una línea de escritura o de música. Los organismos mueren, pero no la vida. No hay obra que no deje a la vida una salida, que no señale un camino entre los adoquines”.¹⁷

Recuerdos de un errante

No es por caminos rectos que se llega a buenos lugares, tan sólo por pasajes *torcidos* nos aproximamos a las buenas cosas¹⁸, por eso el modo de andar nos revela si alguien ya camina por su senda, o si tan sólo anda perdido en los pasos del rebaño. La verdad de las cosas se despegaba de las llagas de los pies gastados de tanto caminar por tierras espinosas y polvorientas.

Viajar no es errar, ni caminar necesariamente andar; así como el relativismo muy poco tiene de perspectivismo. Nada se vuelve más trivial que el relativista de una época que cree que cualquier opinión debe ser respetada, evitando así que la fuerza activa de la perspectiva nos devuelva *la verdad plural de una variación*¹⁹.

Hay una errancia primordial, el andar por ese mundo vital que se vuelve *lúdix*, donde la verdad eminente se torna el más simpático juego inmanente de *veridicciones*, y todo tiende a una gran pluralidad de inciertos atisbos fluctuantes, *vicedicciones* del más alto plan dramático de diferenciaciones²⁰.

16 Deleuze, G. & Guattari, F.: *¿Qué es la filosofía?* Op. Cit., 173; Deleuze, G.: *Conversaciones 1972-1990*. Op. Cit., 224, 227-228.

17 Deleuze, G.: *Conversaciones 1972-1990*. Op. Cit., 228.

18 Nietzsche, F.: *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza, 2000, 398-399.

19 Deleuze, G.: *El pliegue. Leibniz y el barroco*. Barcelona: Paidós, 2008, 31

20 Deleuze, G.: “El método de dramatización” en *La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas (1953-1974)*. Valencia: Pre-Textos, 2005, 129.

Una errancia es la secreta presencia creadora del caos *entre* los intersticios ínfimos de los gestos caminantes. El caos es un andar errante, errado y andante. Una trayectoria andariega de experimentación que tan sólo muestra la mueca necesaria de un suspiro acalorado por la presión urgente de lo que espera por nacer.

El caos ha sido sobrevalorado en el arte, y maltratado en la ciencia. Se lo tiene por fecundador, en su irrupción mágica de apariciones aleatorias, pero lo que bien sabían los antiguos griegos es que tan sólo es un bostezo, un *khaos* inmensurable, pleno e inabarcable. Una grieta que exhala un aire viciado, demasiado cargado, una nebulosa germinal.

El caos sigue siendo difamado además por los amantes y mártires del orden, se ha repetido insistentemente su debilidad como la mayor de las fortalezas: la irrupción tajante de un filoso intento desbaratador, rebelde temblor en las estanterías taxonómicas de las realidades.

Pese a ello, lo caotizante como fuerza activa del vitalismo no deja de intervenir, e interviene como la más compleja operatoria de una *heterogénesis*²¹ que precede procesualmente a toda determinación momentánea de lo viviente.

Lo caotizante interviene, anónima y necesariamente, produciendo una multiplicidad de componentes variados (verbales, espaciales, alimenticios, temporales, sanitarios, lingüísticos, sociales, etc.), los cuales coexisten activamente bajo una duración productiva en su propia conjunción colectiva: conectando, derramando, liberando.

La heterogénesis es el devenir actual de las multiplicidades, donde cada nueva interacción promueve modificaciones, imperceptibles e irreversibles, que hacen de ella una multiplicidad diferente, tanto desde lo cuantitativo como desde lo cualitativo²². La heterogénesis es un movimiento de transfiguración plural de la vida no orgánica.

La caosmosis es una compleja trama productora de virtualidades²³ muy poco homogéneas, es un fondo subyacente de expresión que dura en su latencia germinal a partir de la vitalidad que lo mueve a la multiplicación insistente de lo diferente.

21 Cf. Guattari, F.: "La heterogénesis maquina" en *Caosmosis*. Bs. As., Manantial, 1996, 47-74

22 Deleuze, G. & Guattari, F.: *Mil Mesetas*. Op. Cit., 250; 254.

23 Sobre lo virtual: Cf. Deleuze, G.: *Diferencia y repetición*. Bs. As.: Amorrortu, 2009, 314; Deleuze, G. & Guattari, F.: *¿Qué es la filosofía?* Op. Cit., 117-118, 121; Deleuze, G.: *La isla desierta y otros textos*. Op. Cit. 135; Deleuze, G.: *La imagen-tiempo*. Op. Cit., 79, 98-105, 110-119.

Lo caósmico es un caos-errancia²⁴ que (in)tensiona toda representación, atravesando las tramas configuradoras de las unidades coextensivas del sujeto y el objeto. Crece en la intimidad de las relaciones efectuadas como el gesto material y actual de las potencias virtuales de un encuentro.

“La caosmosis no oscila, pues, mecánicamente entre cero y el infinito, entre el ser y la nada, el orden y el desorden: rebota y rebrota sobre los estados de cosa, los cuerpos, los focos autopoieticos que ella utiliza con carácter de soporte de desterritorialización; ella es caotización relativa a través de la confrontación de estados heterogéneos de la complejidad.”²⁵

Toda caosmosis es una *dramática*²⁶ que expresa cierta crueldad en su dinamismo diferencial, una catástrofe mutante de los nacimientos del mundo. Movimientos sin sujeto, de *papeles sin actor*.²⁷

En esa dramática radical, el cuerpo se enlaza intensivamente en los plegamientos de la caosmosis y resulta un mapa de vibraciones que dan cuenta de las *máquinas abstractas* que obran transversal y rizomáticamente en los estratos heterogéneos. El cuerpo es una intenc/sión impersonal de variación deseante que evoca los movimientos sutiles de la subjetividad.²⁸

Un cuerpo no se ordena ni se programa según las identidades dominantes, es una tensión lúdix de sublevación que tiende, se *extiende* entre las fibras desterritorializantes de la existencia como un proceso intermaquínico, promotor de intensidades diferenciales y singularizantes²⁹.

El cuerpo efectúa un procedimiento de *gasping* caótico de hipercomplejidad³⁰, una especie de individuación de flujos diferenciales de autocomposición, donde se actualiza un potencial vibrátil de las múltiples y heterogéneas líneas que lo constituyen.

24 Deleuze, G.: *Diferencia y repetición*. Op. Cit., 102.

25 Guattari, F.: *Caosmosis*. Op. Cit., 137.

26 Deleuze, G.: *La isla desierta y otros textos*. Op. Cit., 135-136.

27 Deleuze, G.: *Diferencia y repetición*. Op. Cit., 329.

28 Guattari, F.: *Caosmosis*. Op. Cit., 103.

29 *Ibid.*, 69.

30 Guattari, F.: *¿Qué es la ecosofía?* CABA: Cactus, 2015, 95.

La vida inmanente potencia lúdicamente los coeficientes de insurgencia que se expresan en los cuerpxs al momento de proceder con esta individuación afectiva de los flujos diferenciales, manifestando una batalla germinal ante las entidades con-movedoras del caos.

La errancia de los cuerpxs en la vida inmanente tiene un compromiso fundamental con el caos, no trata de ordenarlo ni de regularlo, sino que lo conjura extrayéndole potencias activas de creación. Lo combate para extraerle lo mejor de sí, su fuerza transfiguradora.

Las vidas inmanentes combaten el caos, resisten su impetuosa arremetida desde un cierto arte de las conjugaciones, de las latitudes y longitudes, que se trazan para determinar los puntos móviles por donde las intensidades transitarán. Un arte de las composiciones intensivas.

El vitalismo inmanente usa la plasticidad fluctuante de lxs cuerpxs para combatir el caos, y liberar las singularidades de toda dominación trascendente y eminente. Es una errancia por el caos que despierta destellos momentáneos de libertad, a partir de una insurgencia sensible que desafía toda intención de captura y apropiación de las fuerzas vivas, de los flujos alegres, de los afectos.

“El orden habita el desorden, el desorden habita el orden, y es solamente de esta doble inmanencia que puede nacer la verdadera creación. Tener coeficientes de libertad, para un artista, no significa caer en el caos absoluto. Es más bien en su encuentro con obstáculos técnicos, materiales –plano de composición- que el arte, en su lucha contra el caos, hace surgir una visión que ilumina el instante, una sensación que desafía todo cliché. El arte lucha contra el caos pero a fin de volverlo más sensible”.³¹

Recuerdos de una tormenta

El trueno inesperado del aullido expresa la fuerza temblorosa de una batalla librándose. Remover el cielo cargado de resplandores fatales, el gruñido de la tierra vaporosa de susceptibles latencias. La vida no se organiza al ritmo del sentido que humanamente puede serle adjudicado, una vida inmanente siempre es plena potencia de creación aberrante, pura paradoja monstruosa del sinsentido.

Los cretenses lo saben, aunque mientan, es imposible decirlo sin desdecirse. Ellos

31 Guattari, F.: *¿Qué es la ecosofía?* Op. Cit., 83-84.

creen, incluso en quien miente, porque creer es dar la palabra como *práctica de la diferencia*. Una creencia de mundo continuo que se infiltra en las fibras íntimas de lo cotidiano. Lo continuo no deja de fluir entre esas creencias que sostienen el mundo *de-todos-los-días*.

Es el pacto necesario que despeja el sentido y lo moviliza por los bordes del sinsentido para vitalizar sus recorridos; es un pacto de amistad secreta que soporta ese *afuera* tan rico en diferencias, innovaciones y apuestas arriesgadas.

Como el destello hiriente en la noche lúgubre del sentido, el sinsentido *pervierte* toda lógica binaria y la evade, se fuga, se sitúa en el borde del sentido como aquello que *no-tiene-sentido*, pero que a la vez brinda el movimiento necesario para producirlo.

Es en un fondo caótico *caotizante*³², que el sinsentido, hace circular singularidades pre-individuales, fuerzas asignificantes, afectos asubjetivos, como esos pa(i)sajes aún no determinados que trastocan toda pretensión de afianzar el yo, la verdad y el ser.

Introduce un movimiento de *distribución nómada* que impone una dinámica abierta para que el sentido se produzca. El sinsentido es la condición existencial del sentido, éste último es su producto inmediato.

El aforismo de Nietzsche, el poema de Girondo, la bocina de Varèse, lo inorgánico de Brakhage, el tartamudeo, el inconsciente de todos, la crueldad de Artaud, los juegos de Alicia, el de lxs niñxs, y tantos otros...

El sinsentido está más allá de la contradicción con el sentido, no lo confronta directamente, es inasible por su lejanía y a la vez tan íntimo que hace que se olvide su potencia creadora. Es un *entre-momento*, una sensación, un afecto, un *intermezzo*, una tormenta.

La vida inmanente no se contradice, porque es el movimiento plural que produce esa zona intensa y fugaz del sinsentido. Su juego es *ideal y efectivo*³³, convoca el tránsito por la vorágine inestable del caos *caotizante*, para deslizarse en los bordes de las casillas vacías; sin pisar, tan sólo transitando, sobrevolando, tal vez ocupando.

El sinsentido no existe, sino que *in-siste* en la tensión originaria de lo que aún no ha sido definido, una latencia larvaria, primigenia. Es el *punto de originación* que sin

32 Deleuze, G. & Guattari, F.: *¿Qué es la filosofía?* Op. Cit., 46.

33 Deleuze, G.: *Diferencia y repetición*. Op. Cit., 416; Deleuze, G.: *Lógica del sentido*. Op. Cit., 79.

responder a la eminencia de un origen fundante, compone lazos abiertos de creación a partir de un punto-cero de partida, todo un desafío.

El cuerpo es el espacio intensivo de la vida inmanente, su punto cero de *originación*, donde se cruzan las líneas paradójicas del *sinsentido*. El cuerpo ocupa las líneas paradójicas para multiplicarlas en el rugido sin rostro de un mundo germinal, naciente en su potencia larvaria. El cuerpo no está en ningún lado, es el viento errante que cabalga la noche del mundo.

“El cuerpo es el punto cero del mundo, allí donde los caminos y los espacios vienen a cruzarse el cuerpo no está en ninguna parte: en el corazón del mundo es ese pequeño núcleo utópico a partir del cual sueño, hablo, expreso, imagino, percibo las cosas en su lugar y también las niego por el poder indefinido de las utopías que imagino. Mi cuerpo es como la Ciudad del Sol, no tiene lugar pero de él salen e irradian todos los lugares posibles, reales o utópicos”.³⁴

La *paradoja* es el ritmo plural, íntimo y esquivo de la inmanencia vital. Es una imagen que expresa la agónica experiencia del desafío existencial, en el gesto preciso de habitar el *sinsentido*. Se trata de una energía germinal que palpita en la experiencia de vida: ese juego variable de *estar y no estar*, de estar adentro de ese afuera que nos vuelve más extranjeros cuanto más íntimos nos tornamos. Una intemperie aterradora y necesaria.

Tal vez se pueda pensar la paradoja de dos maneras: por un lado, es ir en dos sentidos a la vez, y por otro, es hacer imposible una identificación. En ambos casos, es algo que desborda incesantemente el “buen sentido” y el “sentido común”, destituyendo la posibilidad de un sentido único que regule las formas del mundo.

Las paradojas traen consigo una tensión que violenta el pensamiento, lo aterra y arrastra hacia las inhóspitas fronteras del sentido, esos límites de extranjería que trastocan toda identidad, mismidad y pureza. La paradoja es el devenir-animal del sentido.

En realidad, es un problema de vecindades, de coexistencias, de esa permeabilidad que infiltra lentas mutaciones en los pasajes de una zona determinada, una porosidad no siempre visible en las fronteras.

Es un límite difuso que se compone a base de los devenires más inesperados, de contagios y alianzas secretas, *porque en la frontera todo se confunde... es una zona*

34 Foucault, M.: “El cuerpo utópico” en *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Bs. As.: Nueva Visión, 2010, 16.

de paso... la ley es y no es... la de aquí, la de allá... siempre parece que todo está a medio construir... así, todo se expande infinitamente en la frontera, el cosmos continuo se singulariza sin detenerse en un gesto abierto como pasaje de sensaciones siempre íntimas y extranjeras.

Por las fronteras todo tránsito es inestable, provoca la catástrofe de los intereses binarizantes, de los sentidos oficialmente establecidos. Todo se camufla en una especie de tormenta de arena, donde se hace difícil visualizar el límite de dónde empieza una cosa y dónde termina otra, una simbiosis mutante de heterogéneos.

Es una zona de indiscernibilidad que dilata y contrae con máxima plasticidad todas las pretensiones de rectitud y regulación. Las leyes y las verdades confirmadas de las instituciones se van confundiendo con el fondo inmanente de lo inhóspito, pero la verdad de las variaciones se despierta y provoca el sismo impactante que da a pensar.

La vida inmanente es una invitación al nomadismo de las fronteras inorgánicas, moleculares y anónimas. Es un viaje que obliga a habitar esa zona liminar para desafiar el pensamiento, y así crear una estancia fugaz, de instante en instante. Un pasaje por las líneas plurales que coexisten en íntima simpatía y resonancia.

En la inmanencia uno siempre está de paso, es línea de intensidad en errancia primordial. No podemos pensarnos como sujetos para viajar a tales velocidades. Es necesario vibrar con todas las fibras posibles que nos componen, y abrirnos a esa travesía fluctuante que nos desafía a dejar de ser los mismos, deshacernos en cada paso, y paradójicamente componer el sentido vivo de una comunidad.

La vida inmanente es un nomadismo plural-inorgánico, una errancia de manadas por ese desierto pleno de intensidades, donde cada gesto vital se vuelve un destello innovador de la fuerza germinal que nos atraviesa.

Recuerdos de un destello

El antiguo Libro de las Mutaciones dictamina que *la conmoción trae éxito, pero aterrada cien millas...*³⁵. Sabemos que no hay tormenta que no deje esquirlas destellantes en el

35 Wilhelm, R. & Vogelmann, D.: *I Ching, El libro de las mutaciones*. Bs. As.: Sudamericana, 1987, Hexagrama 51 "Chen", p. 282.

sombrío fulgor de la noche, y su vehemente resplandor inquieta incluso a la distancia. El pensamiento es un trueno enceguedor que conmociona la cimiento profunda de la vida, es su movimiento primordial.

El vitalismo nos traslada errantes, entre las cosas que figuran un mundo aparentemente quieto. Su trazado compone una distribución *nómada*³⁶ de los pasajes sin restricciones. Se inicia y reinicia siempre a partir de una afección prístina, una emergente referencia o estado efectivo de la materia que se conmociona.

Es una *semiosis infinita* que no cesa de conectar y trazar nuevas y diversas relaciones. La continuidad y la contingencia se abren a los juegos diversos del dinamismo diferencial, un *estar-queriendo-ser*, siempre inestable, asintótico, que se tiende inquietantemente plácido sobre la línea que se fuga en lo impensado.

El pensamiento es una continuidad sin registro ni propiedad, un movimiento impersonal. Un proceso creativo que excede las voces individuales y conjuga la polifonía de lo colectivo. Una tribu conjurante de todo lo Uno que la domina. Una voz antes de las palabras que vibra gutural en el fondo *caotizante* del sinsentido.

El pensamiento se mueve en manadas, nunca es uno el que piensa, sino que se convoca una comunidad inhumana: un concierto de amistades secretas, una constelación de afectos variables, una conversación murmurante, un movimiento inmanente de lo monstruoso germinal que subyace latente entre las voces convocadas.

Semejante celebración del pensar no puede ser más que un movimiento de resistencia a las formalidades estrechas de los conceptos prefijados y de las nociones de diccionario, a los análisis y grillas de interpretaciones, a las identidades donadas. Es un movimiento que fuerza, aterra, y desafía la tranquilidad de la conciencia, la racionalidad estable, y las sedentarias explicaciones. Pensar nos excede, nos arrebatamos los destellos de las luchas proclamadas.

El “colectivo” Deleuze dice que *pensar es crear*³⁷ un mundo de sentidos abiertos, a partir de pliegues que devuelven movimientos de constante fluctuación y dinámicas inestables; se trata de la violencia originaria de la creación que sin dejar de ser catastrófica inaugura un punto de distribución *nómada* de nuevas formas de vida.

36 Deleuze, G.: *Diferencia y repetición*. Op. Cit., 337; Deleuze, G.: *Lógica del sentido*. Op. Cit., 118.

37 Deleuze, G.: *Diferencia y repetición*. Op. Cit., 227.

Pensar provoca destellos como puentes de deslizamientos, acontecimientos oscilantes que mantienen latente la fuerza viva del *continuum* que mueve el pensamiento. La fuerza de su dinámica está presente en la iteración del hábito como densidad *diferencial* de una línea de continuidad. El excedente de esas repeticiones es lo que provoca la posibilidad del acto de creación. La improvisación siempre es por exceso y no por defecto.

“Pensar ni consuela ni hace feliz. Pensar se arrastra lánguidamente como una perversión; pensar se repite con aplicación sobre un teatro; pensar se echa de golpe fuera del cubilete de dados. Y cuando el azar, el teatro y la perversión entran en resonancia, cuando el azar quiere que entre los tres haya esta resonancia, entonces el pensamiento es un trance; y entonces vale la pena pensar.”³⁸

Pensar ni consuela ni hace feliz, pero es un movimiento que resiste a la muerte, a la servidumbre, a la infamia, a la vergüenza...³⁹ pensar es la singularidad creativa de un modo de vida que se lanza a una experimentación de lo nuevo, de todo lo nuevo que surge en lo que acontece *entre* la existencia diaria.

El pensamiento no emerge puro de un *topos* ulterior, sino que se amasa con las fibras cotidianas de lo que nos *pasa*. Involucra una multiplicidad de intensidades que siempre son indistinguibles y que subyacen en la materia viva de la novedad. La vida *pasa* por esas intensidades como la transversal deseante que les brinda consistencia: la vida y el pensamiento son vibraciones coexistentes del deseo, dirá Spinoza.

Deseo, pensamiento y vida se confunden en un devenir que los transforma e intensifica, los crea como una *heterogénesis* activa⁴⁰. El pensamiento deviene creativo en el momento en que surge un corte problemático en el *continuum* vital, un corte que demanda un concepto consistente que lo haga fugar en la continuidad subyacente.

Crear no es por un mero placer banalizado o sofisticado, sino por urgente necesidad; el creador inventa salidas, huidas, *fugas* para esa necesidad, aunque no siempre sean visibles ni perceptibles. A veces, es preciso desfigurar el mundo para hacerlo huir; a veces, se requiere soportar una máscara tan pesada que uno se olvida quien era el que

38 Foucault, M. & Deleuze, G.: *Theatrum philosophicum seguido de Repetición y diferencia*. Barcelona: Anagrama, 1995, 41.

39 Deleuze, G.: *Conversaciones 1972-1990*. Op. Cit., 272.

40 Deleuze, G. & Guattari, F.: *¿Qué es la filosofía?* Op. Cit., 201.

la portaba.

Crear es un juego arriesgado, siempre en el límite, en la frontera, al borde del abismo. Por eso mismo los grandes creadores siempre se pierden en las tinieblas del tiempo propio, en las sombras de su época, se vuelven tenebrosamente contemporáneos para abrir la grieta que haga filtrar un poco de novedad en medio de tanta simpatía homogénea y sonrisas repetidas.

En medio de esa bruma existencial, el destello del pensamiento conmociona, estridente, el paso cotidiano para dar emergencia a esa novedad. Dar fuga al mundo es crear sus posibilidades de vida en la misma huida, porque *huir es hacer huir*⁴¹, es trazar un umbral de intensidades en medio del vértigo acelerado y tormentoso de la inmanencia vital.

Lo paradójico del andar del pensamiento es su propia errancia. Pensar es errar, buscar en un paso incierto aquello que todavía no podemos pensar. Pensamos en el andar errante de una búsqueda que, por incierta, nos abre la experimentación creadora del *afuera* del pensamiento.

Pensar es un acto de creación que conjuga heterogeneidades (in)existentes para abrir nuevos espacios y potencias de vida, para brindarle un deslizamiento a las fuerzas problemáticas mediante un *espacio liso de velocidad infinita*.

Pensar es un juego *inmanente* que se despliega bajo una lógica de la multiplicidad, abre el mundo a una *inmanencia pura*, como un proceso de heterogénesis autopoietica. Es el devenir-niñx del pensamiento en una vida singularmente lúdica.

Devenir-niñx es pensar lúdicamente: crear y crearse nuevos modos de existencia. Es determinar una línea de vida en medio del plano de inmanencia que no cesa de fluir. Es capturar, momentáneamente, una serie de tensiones que se efectúan o territorializan en medio del puro devenir.

Pensar, crear, jugar, son los destellos inmanentes de un tríptico vital que exhala el vapor nebuloso de lo impensado, para abrir el mundo a sus propias dinámicas monstruosas. Es el vitalismo el devenir-niñx de la vida.

41 Deleuze, G. & Parnet, C.: *Diálogos*. Op. Cit., 45.

Recuerdos de niñxs

Y las manos se llevan al rostro para esconderse de lo visible, el mundo se deshace en las manos, se deviene imperceptible. Algo se vuelve inquietante y un gesto separa los dedos, creemos encontrar la grieta que hace huir el mundo hacia un afuera que se vuelve la interioridad más íntima: quizás se trate de *ser por dentro un afuera*.

Un afuera que no tiene forma, sino que es la conexión (in)visible de las fuerzas que comprenden un agenciamiento vital. Hay una vida que se compone en las manos, un contacto que abre el mundo cercano de las fuerzas, de los afectos, de las conexiones múltiples y ajenas. *El mundo es exactamente coextensivo con el tener-lugar de todo existir, del existir en su singularidad*.

Un niñx construye su mundo en ese horizonte de existencia singular, que lo lleva con máxima prudencia a determinar momentáneamente los espacios por donde transitará, por donde pondrá el gesto mínimo de sentido.

No se trata de fantasear o imaginar ilusoriamente, sino de un proceso lento y denso de experimentación, de conjugación y trazados de líneas afectivas que organicen un mundo de sensación: *en este experimento el niño arriesga toda su vida*, dice Agamben⁴².

Los buenos maestros saben que lo que dicen lxs niñxs, se dice de muchas maneras; lo que lxs niñxs hacen, se hace de diversas formas. Ruptura primordial con las causas y las consecuencias, los efectos y las procedencias.

Todo un *agenciamiento* de heterogéneos que se individua de manera diversa según sus afecciones: “un niño corre”; “un niño sonrío, cosquilleo de la merienda”; “un pirata, en papel, el mar de sábanas, el viento-ventana, las tres de la tarde”; “un espía desconocido se esconde, las doce del mediodía, un almuerzo que espera”.

Juegos poco fantaseados, juegos profundos y reales de *veridicciones*. Si hay algo serio en lxs niñxs es la prudencia y la atención con que ponen en juego su *forma-de-vida*, y lo hacen con todo el ímpetu y la nobleza de quien tiene la necesidad urgente de crear un mundo para ser habitado.

No se puede caer en una tierra así nomás, hay que conocer sus ritmos, calcular sus tiempos, tejer sus tramas. Entonces, todo se compone con un dedicado tono de seriedad

42 Agamben, G.: *Teología y lenguaje. Del poder de Dios al juego de los niños*. Bs. As.: Las cuarenta, 2012, 30.

y prudencia, un pacto de creencia tan necesario como vital.

En cada gesto compartido, en cada movimiento pactado, en cada palabra inaugurada, emerge cuidadosamente una *heterotopía* que los desplaza a territorialidades alternas, sólo accesibles a las mentes experimentadoras y aventureras.

Algo del orden de la jovialidad transita en esta danza inmanente de creación, una jovialidad vital en constante devenir, que ha trascendido los valores y superado la decadencia de los *trasmundanos*.

Un juego risueño de inocencia, olvido y azar, *una rueda que se mueve por sí misma*⁴³; una alianza que teje una trama íntima en la cual se despliega el mundo, *más allá* de los límites *del bien y del mal*, más allá de la verdad y la falsedad, más allá de la identidad y la otredad. Pura inmanencia vital.

Los objetos del mundo son autopistas imaginarias que lanzan la vida a la deriva necesaria de todo lo que debe ser construido, son productos residuales que comportan una cierta seducción para los operarios de nuevos mundos.

Y en ese juego, un tanto adulto, de construir el mundo común, los niños no reproducen las obras de los *grandes*, sino que instalan un nuevo agenciamiento entre los objetos relacionados.

Una constelación que enlaza los mundos más diversos, ya que en el interior del mundo-adulto se tejen infinitos mundos *composibles*: los niños son hacedores de heterotopías que habitan la yuxtaposición de los espacios más heterogéneos, del sentido más trivial, para *per-vertir* aquello que se daba por sentado.

Este límite que se bordea hace del niño un agente del devenir; como en el Go, hay un devenir-niño que habita las líneas trazadas antes que los espacios definidos, se infiltra entre los sexos y las edades establecidas para brindar un aire jovial. Un devenir-niño que compone bloques de sensaciones, por los cuales se movilizan fuerzas ajenas, afecciones extranjeras, ritmos alterados.

Ellos roban y roban, secretamente roban los gestos, los arrebatan como pequeñas máquinas de apropiación; ellos roban sigilosamente un movimiento que los hace devenir-imperceptibles en el paisaje natural que los rodea.

No se trata de imitar o burlarse, ni siquiera de querer parecerse, sino de capturar de

43 Nietzsche, F.: *Así habló Zaratustra*. Op. Cit., 39.

incógnito un instante que se abra como umbral diferencial de existencia: un devenir-niñx en el giro-de-mano-adulto, un devenir-niñx del *bienhablar*, un devenir-niñx de las serias-manos-en-la-cintura, un devenir-niñx de la mueca cómplice.

En ellos, todos los gestos *mayores* son capturados y disminuidos hasta haberles quitado toda intención de significancia, interés y seriedad. En el devenir-niñx se convoca la pluralidad dinámica del afuera bajo un mapa de intensidades pre-individuales: devenir-niñx, devenir-molécula, devenir-imperceptible, todo un lento proceso de minoración donde un niñx se vuelve mundo mínimo de vida.

Un niñx es esa existencia larvaria que mantiene un dinamismo sin edad, una continuidad germinal, puro *vitalismo inmanente*. Su deseo traza una línea que lo conecta con sus devenires más sutiles, sus fibras volátiles, sus fuerzas más primordiales, casi genéticas. Una existencia latente que sostiene todo el potencial germinal de *una* vida inmanente⁴⁴.

Hay toda una línea política de deseo que lo desplaza por los espacios inhóspitos, lo desafía, lo arrastra y fuerza a desbaratar toda máquina lógica-binaria: una paradoja viva. Un niñx silba y se territorializa en el espacio⁴⁵; sus pasos habitan esa línea de *intimidad* como espacios de seguridad, se resguarda del cosmos acechante.

Un niñx no cesa de crear pequeñas utopías situadas. Espacios que dejan de ser homogéneos, para tomar la fuerza plural de los plegamientos en el entrecruzamiento de las líneas heterogéneas que los constituyen. *Heterotopías* donde se yuxtaponen, en un lugar preciso, diversos planos heterogéneos, que establecen límites difusos de apertura y cierre en esas fronteras permeables de lo real y lo ficcional.

“...Los niños conocen perfectamente esos contraespacios, esas utopías localizadas. Por supuesto, es el fondo del jardín; por supuesto, es el desván o, mejor aún, la tienda de indios levantada en medio del desván; o incluso es —el jueves a la tarde— la gran cama de los padres. Es sobre esa gran cama de donde se descubre el océano, porque uno puede nadar allí entre las mantas; y además, esa gran cama es también el cielo, ya que se puede saltar sobre los resortes; es el bosque, porque uno se esconde; es la noche, puesto que allí uno se vuelve fantasma entre las sábanas; es el placer, por último, porque, cuando vuelvan los padres, uno va a ser castigado.”⁴⁶

Producir estas heterotopías implica armarse de un cuerp^x lúdix, que tome con mucha

44 Deleuze, G. & Guattari, F.: *Mil Mesetas*. Op. Cit., 169.

45 *Ibid.*, 318.

46 Foucault, M.: “Las heterotopías” en *El cuerpo utópico*. Op. Cit., 20.

prudencia, el vértigo de jugar los juegos afirmativos del azar, los juegos de verdad, del sinsentido, de lo paradójico. Un *andar* inmanente que viaja al ritmo de los flujos *caósmicos* de lo vital, donde se extraen infinitas singularidades sin nombre ni referencias.

Esa creación de nuevos territorios heterogéneos, no es más que la conjugación de individuaciones no ya personales, sino fuertemente *impersonales*; no ya de recuerdos sino de bloques de devenir que devuelven todo un *pasado puro*. La identidad se evapora y se condensa en la plasticidad propia de personajes eventuales y errantes.

En estos devenires es donde la máscara que se sostiene trae como condición la mutación experimental de lo nuevo. Un teatro de sombras vivas más real que las imágenes fotográficas del mundo dado. Un *vitalismo lúdico* que pone en juego la propia vida en cada lanzamiento inesperado del azar.

Recuerdos de una vida lúdica

...porque para un niño no hay nada más riguroso que un juego donde se arriesga todo en una sola jugada. Es que ellos se mueven entre las fuerzas activas de lo lúdico y no de las meras reglas del juego, saben que cada gesto, cada paso, cada movimiento arrastra la densidad de todo lo jugado.

Un niño juega más activamente con la imprevisibilidad de un traz(ad)o nómada que con la regulación estricta de un programa sedentario. La regla se efectúa en la singularidad de una vida afirmada en el gesto mínimo. Un niño diagrama sus pasos en la plena caosmosis paradójica de lo lúdico.

Lo lúdico es un fondo inmanente sin nombre ni denominación, que clama el movimiento último de las mutaciones más primordiales. Transformaciones del espíritu que Nietzsche sentía urgentes⁴⁷, donde el niño es la expresión de la inocencia y la sagrada apuesta, una afirmación lúdica de la realidad, a partir del olvido y la proliferación de juegos ficcionales de realidad.

Lo lúdico del vitalismo inmanente nos fuerza a sentir las interrelaciones intensivas y ficcionales que se experimentan entre el mundo y sus componentes, o mejor: nos desafía con experimentar los devenires fluctuantes constitutivos de efímeras insistencias

47 Nietzsche, F.: *Así habló Zaratustra*. Op. Cit., 37-39.

colectivas, esas tensiones diversificadas que tejen un entramado plural y abierto del mundo, como una dramática lúdica aleatoria: *Hay juego, no jugadores*.⁴⁸

Un niñx es la imagen vital de lo lúdix, es la figura nietzscheana que corresponde al espíritu libre, que se corona con la risa⁴⁹ creativa que trasciende los valores fundadores de la cultura, y genera una nueva subjetividad múltiple de máscaras polimórficas.

El juego invoca una especie de moralismo por las reglas que lo constituyen, una moralidad que incluso el tramposo colabora a sostener⁵⁰. El jugador se vuelve un moralista del sentimiento, porque se confirma a sí mismo al tiempo que efectúa el juego en sus propios límites.

Los niños saben jugar, pero lo lúdix es el devenir-niñx del juego. El juego conoce de reglas y jugadores que se mueven dentro de ellas, donde éstos las efectúan y reconfiguran. En lo lúdix solo conocemos devenires, resonancias, intensidades: toda una ética nómada que excede toda identidad del jugador.

Lo que se pone en movimiento en lo lúdix es el afecto (*afecctio/afecctus*)⁵¹, que hace que cada jugador huya de sí mismo e ingrese en un *bloque de devenir* con los flujos vitales, una afirmación sin más certeza que la transfiguración de todo lo que somos⁵².

El juego nos divierte, nos emociona y excita, pero en lo lúdix hay una cierta jovialidad inmanente que expresa el devenir-niñx de la vida⁵³. Su risueño andar es de una impersonalidad tal que poco tiene de gracioso, leve o superficial. Lo lúdix es algo muy serio, porque apostamos vertiginosamente la vida en cada lanzamiento del azar.

“Se dice que el hombre no sabe *jugar*: sucede que cuando se da un azar o una multiplicidad, concibe sus afirmaciones como destinadas a limitarlo; sus decisiones, como destinadas a conjurar su efecto; sus reproducciones, como destinadas a hacer volver lo mismo bajo una hipótesis de ganancia. Se trata, precisamente, del mal juego, aquel donde se corre el

48 Cf. Deleuze, G.: *La isla desierta y otros textos*. Op. Cit., 211.

49 Nietzsche, F.: *Así habló Zaratustra*. Op. Cit., 399.

50 Cf. Ambrosini, C.: *Del monstruo al estratega. Ética y juegos*. Bs. As.: CCC. Educando, 2007, 16-17.

51 Cf. Deleuze, G., *Spinoza. Filosofía Práctica*, Bs. As., Tusquets, 2004, 38-ss.; Deleuze, G.: *En Medio de Spinoza*, Bs. As., Cactus, 2003, 75-ss.

52 Deleuze, G.: *Nietzsche y la Filosofía*. Op. Cit., 39.

53 Cf. Nietzsche, F., *Humano, demasiado humano. Un libro para espíritus libres*, Vol. I., Madrid, Akal, 2007, IV, §154, p. 122.

riesgo tanto de perder como de ganar, porque en él no se afirma *todo* el azar: el carácter preestablecido de la regla que fragmenta tiene como correlato a la condición por defecto en el jugador, que no sabe qué fragmento saldrá. El sistema del porvenir, por el contrario, debe ser llamado juego divino, porque la regla no preexiste, porque el juego ya descansa sobre sus propias reglas, porque el niño-jugador no puede sino ganar —dado que todo el azar está afirmado cada vez y por todas las veces—. No afirmaciones restrictivas o limitativas, sino coextensivas a las preguntas formuladas y a las decisiones de las que estas emanan: tal juego provoca la repetición de la jugada necesariamente vencedora, puesto que no lo es más que a fuerza de abarcar todas las combinaciones y las reglas posibles en el sistema de su propio retorno”⁵⁴

Se afirman coextensivamente los movimientos plurales que evocan la singularidad de un gesto, la arbitrariedad de todo lo que se pone en juego en ese instante⁵⁵. Un niño se mueve afirmando todo el azar en el gesto lúdico que produce, *afirma* la potencia de creación de *una* vida.

El azar no está segmentado en lo lúdico, es un *continuum* de variación y creación que de modo inestable moviliza las singularidades, las líneas, los afectos que se involucran en un acontecimiento. Esa es la tarea difícil: afirmar el azar no es algo que el juego pueda hacer sin evadir todo aquello que lo conjura: las reglas, el número, un límite, la anotación.

Afirmar todo el azar de una vez en cada gesto lúdico, es producir un intercesor paradójico que hace resonar los contrastes evocados en las jugadas: se crea un problema. Y un problema no tiene solución, no hay respuesta para ello, sólo se puede transitar, solo se puede *andar errantemente*. En la divergencia misma se afirma el problema, y al conjurarlo con una respuesta, se pierde la vibración germinal de todo el azar afirmado⁵⁶.

Lo lúdico es el *problema* del juego, es la *caosmosis* de donde surge el cosmos. Lo lúdico es la intensidad inmanente del juego, la sensación más profunda del jugar, y a su vez, paradójicamente, es lo único que no puede ser jugado. Todo juego conjura la experiencia lúdica, reglando, determinando probabilidades, fragmentando su fuerza innovadora.

El juego humano, es un juego parcial donde se establecen reglas categóricas que preexisten a la experiencia lúdica, se determinan ciertas hipótesis de victoria o derrota

54 Deleuze, G.: *Diferencia y repetición*. Op. Cit., 181-182.

55 *Ibid.*, 299.

56 Cf. *Ibid.*, 299-300.

–no más que esas–, se fragmenta, se sustrae el azar a una porción limitada de variación. El juego humano es una distribución sedentaria de lo lúdix⁵⁷, un moralismo, una metafísica.

Juegos parciales que reducen el azar a unos momentos aislados y todo lo demás se reparte entre la repetición y la destreza. Es el arte de la representación que evoca una identidad precisa, definida necesariamente por la dualidad de los resultados obtenidos: los jugadores que se rigen por la moralidad metafísica del juego.

Una vida inmanente aprecia los juegos divinos que no abren distancias entre la realidad y la experiencia lúdix, solo hacen estallar el azar en su plenitud diferencial. Es un juego puro, donde se establecen reglas singulares que solo valen para un instante, de modo que todo movimiento es la afirmación incesante de lo que se mueve, es *puramente* vencedora⁵⁸.

Un juego inmanente que efectúa movimientos cualitativamente diferentes, aunque no numéricamente distintos. Las diferentes jugadas, las diferentes reglas, son parte indiscernibles de un solo y mismo movimiento ontológicamente plural. El juego inmanente es la distribución *nómada* de lo lúdix.

El juego puro es lo que emite la vitalidad imperativa de lo lúdix, en el momento que hace de toda jugada la aparición inquietante del problema. Efecto de un *sinsentido* en la paradójica experiencia que se vuelve infinita por su profundidad inabarcable, lo lúdix es el juego imposible⁵⁹.

“El juego de lo problemático y lo imperativo ha reemplazado al de lo hipotético y lo categórico; el juego de la diferencia y de la repetición ha reemplazado al de lo Mismo y de la representación. Los dados han sido arrojados contra el cielo, con toda la fuerza de desplazamiento del punto aleatorio, con sus puntos imperativos como relámpagos, que forman en el cielo constelaciones-problema ideales. Rebotan sobre la Tierra, con toda la fuerza de las soluciones victoriosas que devuelven el arrojar. Es un juego de dos mesas. ¿Cómo no habría una fisura en el límite, en la bisagra de las dos mesas? ¿Y cómo reconocer en la primera un Yo [Je] sustancial idéntico a sí mismo, en la segunda un yo [moi] continuo semejante a sí mismo? La identidad del jugador ha desaparecido, como la semejanza de aquel que paga las consecuencias o se aprovecha de ellas. La fisura, la bisagra es la forma del tiempo vacío, el Aion, por donde pasan las jugadas de dados. Por

57 Cf. *Ibíd.*, 416; Deleuze, G.: *Lógica del sentido*. Op. Cit., 78.

58 Cf. Holzapfl, C.: *Crítica de la razón lúdica*. Madrid: Trotta, 2003, 115-119.

59 Cf. Deleuze, G.: *Diferencia y repetición*. Op. Cit., 417-418; Deleuze, G.: *Lógica del sentido*. Op. Cit., 79-80.

un lado, no hay nada sino un Yo [Je] fisurado por esa forma vacía. Por otro, no hay otra cosa sino un yo [moi] pasivo y siempre disuelto en esa forma vacía.” (DR, 418)

¿Habría alguna idea de lo lúdix que no refiera al juego? Sabemos que lo lúdix es la incertidumbre latente que no deviene mera diversión, pasatiempo ni espectáculo, sino una tensión problemática que desafía toda esperada y placentera voluntad de libertad. Lo lúdix no se posiciona en una libre decisión de jugar, sino como *combate caotizante* sobre toda intención de hacer de la libertad y la decisión un propósito voluntario de existencia.

“No hay juegos sin reglas” se nos dice, por eso donde se dice que hay libertad de juego es una determinación reglada encubierta. Un juego que determina su dinámica bajo una libertad que es elección sobre opciones reguladas, una intención deliberada proyectada sobre las identidades constituidas.

La experiencia de lo ludicx excede la libertad deseada por los jugadores y sólo aspira a un momento de fulgurante liberación, se dirá *un coeficiente de libertad*⁶⁰. No hay casilleros que ocupar ni movimientos pactados en una dinámica sedentaria, no hay captura ni espacios estriados; todo se desliza entre líneas derivadas que sostienen un movimiento mínimo de ocupación: un cierto modelo lúdix, dirían Deleuze y Guattari⁶¹.

En los juegos se expresa la forma regulada de una intención de acción que comporta la expresión de esa libertad individual o colectividad de individualidades, ese vapor colectivo que no deja de referir a las voluntades absorbentes de un sentido unificado, de un sentido de grupo.

Lo lúdix atraviesa el campo arado de reglas como un deseo plural de afectación heterogénea, fluctuante y colectiva, con esa insistencia nómada que moviliza la tensión siempre inestable de miles de bifurcaciones, *clinámenes* derivados, en la antesala al juego.

Decir el juego-del-mundo no alcanza para volver actual las fuerzas inmanentes de lo lúdix, lejos de dar cuenta de una “diferencia ontológica”, la diferencia deviene ontológica. No es el juego del mundo, ni el mundo que juega, todo eso parece que es

60 Guattari, F.: *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid: Traficantes de sueños, 2004, 69.

61 Deleuze, G. & Guattari, F.: *Mil Mesetas*. Op. Cit., 505.

demasiado esencialista; lo lúdix se traza en las variaciones que transitan entre mundos abiertos: un pasaje de la metafísica del juego a la ontología inmanente y pluriversal de lo lúdix.

Aquí el juego-de-la-vida es ese modo de repartir sedentariamente la realidad y todo lo que no es realidad. En lo lúdix se desmonta la dualidad que hace de la realidad el doblez legítimo de todo lo que sucede, *desfundamenta* la realidad para develar las tramas “fabularias” que la sostienen. En lo lúdix sólo hay fabulación: las veridicciones y las ficcionalidades como puras potencias de creación vital.

Moverse en cada gesto cansado de vida, en cada paso regreso sobre el dolor que se emite en el gramo *infrave* del suspiro, la exhalación moribunda de una vida hastiada. Se arrastra todo el vendaval de una vida que emerge palpitante en la roja mirada de los que aún sin sentir se adormecen de pie ante la incertidumbre del abismo.

Nada desespera más que la inquietud contemporánea del andar apático de los muchos modos de vida que se ofrecen, nada apura más que la acelerada vida debilitada, sosa, entre-tenida en un tiempo juvenil decrepito. Y el juego se vuelve como el *juego-de-la-vida*, una oca tridimensional, pavos coqueteando con sus espejos luminosos, *pantallistas* irremediables de la pulcra tecnología.

La *forma-de-vida*⁶² cierra sus potencias a la más barata postura lúdica del precepto capital: todo es un juego, un simulacro, *todo-puede-ser-mejor*, *sólo-depende-de-ti*. Culpabilidad a medida del consumidor, el juego que se vuelve entre-tenimiento vomita sus entrañas, ahoga la creación, se divierte y evade, todo aquello que lo fuerce a pensar, a sentir, a volverse otro.

“Hoy la disposición lúdica –cuando la aventura es vendida directamente en los parques temáticos- no es liberadora. Hay que jugar contra lo que se opone al juego, pero entonces, se juega a no jugar.”⁶³

Lo lúdix es una apuesta a *no jugar* el juego estéril de una vida capitalista, de una vida capturada por los modos de existencia producidos por las pantallas, el espectáculo, y la *diversión-en-todo-momento*. Una vida lúdix es un destello sombrío de resistencia micropolítica que agrieta la realidad, para liberar las singularidades insurgentes que

62 Cf. Agamben, G.: *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia: Pre-Textos, 2010, 13-20.

63 López Petit, S.: *Breve tratado para atacar la realidad*. Bs. As.: Tinta Limón, 2009, 116.

posibiliten modos de vida más profundos, más monstruosos.

Lo lúdix se expresa micropolíticamente en la *forma-de-vida*, en la manera en que el pensamiento y la vida se atraviesan provocando un sismo conmovedor que incrementa los coeficientes de libertad. Porque no se trata de aceptar que estamos vivos, sino de una especie de estrategia más compleja que nos lleva a preguntarnos por *cómo* somos eso que somos⁶⁴, y por cómo llegamos a ser.

Hay una diferencia sustancial en los modos de vivir, una diferencia fundamentalmente ética, que nada le debe a la moral. Una vida lúdix, ante todo, es una ética de los devenires y los afectos, una elección de ser⁶⁵ que se abre al juego de las intensidades en esta constelación ontológica variable que llamamos *caosmosis*.

Esa diferencia intensiva que implica una ética nómada como el diagrama de una vida inmanente, no es más que el libre combate de las diferencias⁶⁶, el campo de batalla lúdix de las *formas-de-vida*⁶⁷ que hacen una comunidad mutante, una comunidad en *circulación*.

Lo que acerca lo lúdix al combate, a la guerra, es que no hay intención de vencer porque ya es imposible perder, sólo hay tiempo para ejercer un gesto *impecable*, esa precisión que efectúa una acción imperativa, lúcida, y plena. En lo lúdix hay un devenir-guerrero del juego.

Todo un juego guerrero⁶⁸ de la diferencia, la afirmación y la alegría risueña de vivir en el combate supremo donde se busca provocar ciertos territorios inestables de *no-batalla*⁶⁹. Hacer de todo *agón* un combate imposible.

Ante la estandarización *coolificante*⁷⁰ del espectáculo y la diversión con que se ha capturado el juego en este contexto hostil llamado capitalismo, la guerra lúdix se libra

64 Tiquun: *Introducción a la guerra civil*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2008, 12.

65 Guattari, F.: *Caosmosis*. Op. Cit., 71.

66 Deleuze, G.: *Diferencia y repetición*. Op. Cit., 94.

67 Tiquun: *Introducción a la guerra civil*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2008, 16.

68 Deleuze, G.: *Nietzsche y la filosofía*. Op. Cit., 266.

69 Deleuze, G. & Guattari, F.: *Mil Mesetas*. Op. Cit., 416.

70 Tiquun: *Esto no es un programa*. Madrid: Errata naturae editores, 2014, 65-66.

con toda esa *despreciable especie del bienestar*⁷¹ que se regodea en la esterilidad y futilidad del entre-tenimiento.

El gesto micropolítico de lo lúdix obliga la configuración de un *ethos* guerrero, con el cual resistir las sutiles artimañas del *egotrip* seductor del juego-de-la-vida. Un devenir-guerrero que hace de cada jugada una máscara de invisibilidad, un devenir-imperceptible, una garra sin rostro que lanza *zarpazos desde las sombras*⁷².

Una vida lúdix es el imperativo inmanente de lo vital que deviene guerrerx ante las fuerzas nihilizantes de los juegos que capturan la potencia creadora de la vida y la obligan a orientarse en su andar. El juego demasiado humano y parcial que hace de la existencia el *juego-de-la-vida* (humana).

Hay un devenir-imperceptible, un devenir-inhumano en la vida lúdix, que se encarga de hacer un cuerpx monstruoso donde la vida no orgánica mantiene toda su potencia de existir, toda su fuerza larvaria de creación. Este cuerpx es el umbral de resonancias y entrecruzamientos que andan al ritmo de los afectos.

Una vida lúdix es la expresión impecable del vitalismo inmanente que resiste a los totalitarismos y microfascismos que nos quieren hacer jugar según sus reglas representativas de la moral metafísica. Un vitalismo lúdix es el traz(ad)o afectivo de un combate silencioso que libra un combate abierto contra todo lo que aprisiona la vida, contra todo poder de dominación.

“Al comienzo podría no haber nada, finalmente. Nada más que el rechazo a participar ingenuamente en unos juegos diseñados para engatusarnos.

¿Y quién sabe? El deseo

SALVAJE

de inventar algunos juegos

vertiginosos⁷³

71 Nietzsche, F.: *El crepúsculo de los ídolos*. Madrid: Alianza, 1973, #38, 114-115.

72 Tiquun: *Esto no es un programa*. Op. Cit., 83.

73 Deleuze, G. & Tiquun: *Contribución a la guerra en curso*. Madrid: Errata naturae editores, 2012, 33

Bibliografía

- Agamben, G.: *Infancia e historia*. Bs. As.: Adriana Hidalgo, 2003.
- Agamben, G.: *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia: Pre-Textos, 2010.
- Agamben, G.: *Teología y lenguaje. Del poder de Dios al juego de los niños*. Bs. As.: Las Cuarenta, 2012.
- Ambrosini, C.: *Del monstruo al estratega. Ética y juegos*. Bs. As.: CCC. Educando, 2007.
- Deleuze, G. & Guattari, F.: *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama, 2009.
- Deleuze, G. & Guattari, F.: *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 1997.
- Deleuze, G. & Parnet, C.: *Diálogos*. Valencia: Pre-Textos, 1997.
- Deleuze, G. & Tiquun: *Contribución a la guerra en curso*. Madrid: Errata naturae editores, 2012.
- Deleuze, G., *Spinoza. Filosofía Práctica*, Bs. As., Tusquets, 2004.
- Deleuze, G.: *Conversaciones 1972-1990*. Valencia: Pre-Textos, 1999.
- Deleuze, G.: *Crítica y clínica*. Barcelona: Anagrama, 2009.
- Deleuze, G.: *Diferencia y Repetición*. Bs. As.: Amorrortu, 2009.
- Deleuze, G.: *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*. Valencia: Pre-Textos, 2007.
- Deleuze, G.: *El pliegue. Leibniz y el barroco*. Barcelona: Paidós, 2008.
- Deleuze, G.: *En medio de Spinoza*. Bs. As.: Cactus, 2003.
- Deleuze, G.: *La imagen-tiempo. Estudios sobre cine 2*. Bs. As.: Paidós, 2009.
- Deleuze, G.: *La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas (1953-1974)*. Valencia: Pre-Textos, 2005.
- Deleuze, G.: *Lógica del sentido*. Barcelona: Planeta-De Agostini, 1994.
- Deleuze, G.: *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama, 2008.
- Deleuze, G.: *Nietzsche*. Madrid: Arena Libros, 2000
- Foucault, M. & Deleuze, G.: *Theatrum philosophicum seguido de Repetición y diferencia*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- Foucault, M.: *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Bs. As.: Nueva Visión, 2010.
- Guattari, F.: *¿Qué es la ecosofía?* CABA: Cactus, 2015.
- Guattari, F.: *Caosmosis*. Bs. As., Manantial, 1996.

- Guattari, F.: *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid: Traficantes de sueños, 2004.
- Holzapfl, C.: *Crítica de la razón lúdica*. Madrid: Trotta, 2003.
- López Petit, S.: *Breve tratado para atacar la realidad*. Bs. As.: Tinta Limón, 2009.
- Nietzsche, F.: *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza, 2000.
- Nietzsche, F.: *El crepúsculo de los ídolos*. Madrid: Alianza, 1973.
- Nietzsche, F.: *Humano, demasiado humano. Un libro para espíritus libres*. Vol. I. Madrid, Akal, 2007.
- Simondon, G.: *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*. CABA: Cactus, 2015.
- Tiqqun: *Esto no es un programa*. Madrid: Errata naturae editores, 2014.
- Tiqqun: *Introducción a la guerra civil*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2008.
- Wilhelm, R. & Vogelmann, D.: *I Ching, El libro de las mutaciones*. Bs. As.: Sudamericana, 1987.